

Flores Cordiales



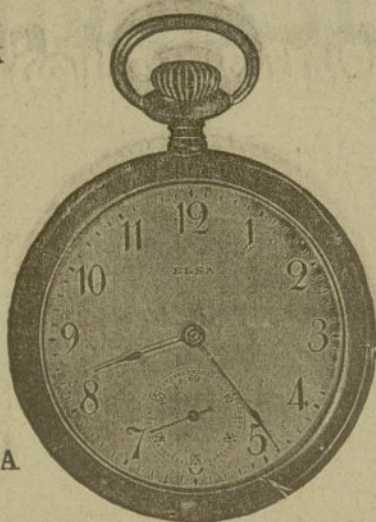
SE PUBLICA LOS DOMINGOS

15 céntimos.

FÁBRICA DE RELOJES DE CARLOS COPPEL

PATRIA

EXTRAPLANO



ANCORA

Remontoir 18'' lepine (sin tapa), máquina de áncora, calidad superior, caja extraplana, de moda, esfera de metal dorada ó plateada.

Núm. 5.791.—Caja de acero, 30 pesetas.
» 5.792.—Plata guilloché ó brillo, 40 ptas.

Madrid, calle de Fuencarral, 27.

LA CASA COPPEL GARANTIZA LA BUENA MARCHA DE TODOS SUS RELOJES ACOMPAÑANDO Á CADA UNO SU CERTIFICADO DE GARANTIA

A PLAZOS

Al personal de la guardia civil y carabineros se les pasa cargo en cuatro plazos.

TALLER DE COMPOSTURAS

REMESAS A PROVINCIAS

Pídanse detalles y prospectos á la casa

COPPEL

COLEGIO HISPANO

1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA

Preparación para carreras militares y especiales.

Magníficos resultados en las últimas convocatorias.

Honorarios módicos, rebajas á los huérfanos é hijos de militar.

Internos, medio-pensionistas y externos.

Profesorado competentísimo, Ingenieros civiles, Oficiales del ejército, Abogados, etc.

BARCO, 21, 2.º (ESQUINA A LA PUEBLA)

GRAN ECONOMÍA

En la imprenta de FLORES CORDIALES, D. Juan de Austria, 20, se imprimen obras y periódicos, y se hacen circulares, tarjetas, y otros trabajos con gran economía y puntualidad.

PRODUCTOS REFRACTARIOS

Los mejores de España.—No contraen. Resisten altas temperaturas.—Son muy fuertes.

JOAQUIN PARDO

FÁBRICA

PACIFICO, 12.—MADRID.

ANTRACITA

PRECIADOS, NUM. 24. MADRID

Establecimiento de carbones minerales de todas clases; el más surtido y económico.

PEDID NOTA DE PRECIOS

Se facilitan postales para hacer los pedidos.

ENVIOS A PROVINCIAS

* Preciados, 24. (frente á Capellanes)

Flores Cordiales

SUSCRIPCIÓN

Trimestre.....	1,50 pesetas.
Un año.....	5,50 >
Extranjero, un año.....	9 francos.

PAGO ADELANTADO

Redacción y Administración:
San Andrés, 19.

==== Apartado de Co-
rreos, número 48. ====

DIRECTOR: GONZALO DE QUIRÓS

MI PARÁCLETO



Hoy, cuando he comenzado á escribir este artículo, me siento poseído y obsesionado de una intensa melancolía. En realidad, yo no tengo motivos para estar triste; acaso no tenga tampoco derecho á estarlo. Este derecho es una de las más grandes cosas á que puede aspirar un corazón humano. Según su cultura y según su sensibilidad, cada hombre saborea un distinto grado de tristeza; los toscos y los rudos gozan la tristeza de la carne, la tristeza de la bestia, que es como una somnolencia en que todo dolor se amortigua y desvanece; para los intelectuales y los sentimentales, la tristeza es como una desencarnación en que alcanzamos placeres de ensueño, que ni el opio ni la morfina pueden procurarnos. La tristeza es el estado de suprema perfección á que un espíritu puede aspirar. Así, el catolicismo, que ha condensado todas las humanas perfecciones en la Virgen María, la ofrece á la adoración creyente, siempre triste, siempre ensimismada en el placer de su insuperable melancolía.

Esta mujer-diosa sonríe una sola vez, sonríe en un cuadro de Murillo, en aquel apacible hogar, en que el niño predestinado juega con un pajarillo, como luego había de jugar con la Humanidad y con los siglos, y en aquel cuadro no se advierte destello alguno de divinidad ni de santidad. No habría creyente que fuera capaz de rezar ante aquella madre que sonríe de las gracias de su hijo, con los ojos radiantes de felicidad carnal y material. Allí, ni es diosa ni es virgen; es la mujer, es la hembra. Por esto, el paganismo que era una religión tan honda, tan poética, tan encarnada en la misma carne humana,

desapareció del mundo para siempre, sin que á nadie se le ocurra resucitarla. Sus diosas eran alegres, sus diosas se reían. En aquella fastuosa religión, supremo alarde de la creadora fantasía humana, había, como en el teatro y como en la vida, un completo reparto de papeles, desde el tirano olímpico, que disponía del rayo á su antojo, hasta el traidor y la meretriz. Era una religión demasiado consoladora que arrebatava á los humanos el derecho de estar tristes.

La tristeza es el crisol que nos purifica. Como oro sale de su fuego la resignación, que es la gran maestra de la vida, la gran templadora del ánimo. Todo hombre triste y resignado es un hombre bueno que ha sabido desprenderse de las esclavitudes de la animalidad. Porque, es verdad, que en la inmensa variedad de la escala zoológica el hombre es el único animal que ríe; alguien ha dicho que esta expansividad de su alegría es lo único que lo distingue de los demás animales.

No es cierto. El hombre es el único animal que ríe, y cuando deja de reír es cuando deja de ser animal. Por eso la risa y la alegría parecen cosas inseparables de toda abyección humana. En la meretriz, el fingimiento de la alegría es tan obligatorio como el fingimiento del amor y como el del placer mismo. El hombre se emborracha para estar alegre. Así la alegría es una mercadería que se busca y se compra. La previsión humana ha llegado á señalar en el calendario días para reír.

En cambio, no hay tiendas donde nos puedan vender un poco de tristeza ni mujeres que por profesión nos la comuniquen. Surje de nosotros mismos, nos envuelve en el sedante ensueño de un paraíso artificial, adormece nuestros nervios, aplaca nuestras ansias, domeña nuestras ambiciones y cierra el espíritu á toda invasión del dolor seco y rabioso. Los que se suicidan y

los que enloquecen son los que adiestrados en el goce de la melancolía y en placer de la tristeza. Como calderas sin válvulas, estallan á la más liviana presión del dolor.

Además, el ejercicio de la melancolía mata la fe, que es el grande, el supremo enemigo y exterminador de la raza humana. Si arrancárais de cuajo la fe en la naturaleza humana, todo en la tierra quedaría transformado. Habrían acabado las guerras y las luchas políticas y la mayor parte de los crímenes; las constituciones y los códigos no tendrían más fecunda acción social que la que hoy ejercen las esfinges que ven transcurrir los siglos y desfilar las generaciones.

Gran cosa es la melancolía; cosa de santos y de sabios y de hombres buenos; suprema vencedora del dolor y del tedio. Pero nosotros los hombres apetecemos la alegría, porque ella constituye lo más íntimo y lo más hondo de nuestra esclavitud. Sobre la alegría de las muchedumbres se han forjado las religiones y se han asentado los tronos... Ríamos, pues, si os parece.

Dionisio PÉREZ

¡POESÍA!...

Alegre y sonriente
la hermosa primavera
descorre el cortinaje
de vaporoso tul
que cubre con sus pliegues
la ilimitada esfera;
de multitud de flores
esmalta la pradera
y ofrece á nuestra vista
un cielo más azul.

*
* *

Abre su tierno broche
la delicada rosa;
sus hebras de oro esparce
el sol germinador,
y revoloteando
traviesa y revoltosa,
luciendo sus colores
la ténue mariposa
recorre el valle en busca
de perfumada flor.]

*
* *

Con rítmico sonido
susurra la cascada;
en el tranquilo lago
cual límpido cristal

refleja su ancho rostro
la luna plateada,
y el ruiseñor parlero
oculto en la enramada,
entona melodías
con trino celestial.

*
* *

La primavera ofrece
encantos al poeta
vertiendo luz, colores
y aromas por doquier;
mas no hay en este mundo
felicidad completa,
porque, á pesar de todo,
no tengo una peseta
y necesito un traje
lo mismo que el comer.

DEUSDEBIT



—Atrás paisano. El cabo amontó la guardia y á mí no m' apea ni Cristo. A la mesma Sidora la hi hecho golver grupas.

AL PÚBLICO

Agencia de reclamaciones particulares y comerciales á los ferrocarriles, tanto de rectificación de portes como de averías, extravíos, etc., etc., con un cincuenta por ciento de ventaja sobre las demás.
Dirigirse á este periódico.

MIS MUJERES

No se asusten ustedes que no se trata de un caso de bigamia torpemente declarado; de cosa muy distinta se trata.

La bigamia me asusta, no porque sea *materia procesable*, ni por los gastos que supone, porque, después de todo, los gastos podían ser los mismos en cuanto se repartiera entre dos la cantidad dispuesta para una sola.

¡Bigamo, bigamo!

No conozco la etimología de la palabra ni su verdadera significación; pero por no mirar el Diccionario, séame permitido adivinarlo, y si no adivinarlo, suponerlo, aun corriendo el riesgo de quedarme en el error.

Bigamo creo yo que es el hombre que se casa *por duplicado* y *dá un solo* efecto, como será la fórmula de dos comprobantes de un solo pago.

La sílaba *bi* denota la duplicidad; así por ejemplo, se dice bilateral á lo que tiene dos caras ó lados, se le llama bilingüe al que tiene dos lenguas, esto es, al que habla dos idiomas; así mismo se entiende por bienal todo lo que sucede cada dos años, etc., etc., pues ¿por qué el hombre que posee dos *esposas legítimas* no ha de llamársele bimarido, biesposo, bicónyuge, ó bicualquier cosa, menos bigamo, que indudablemente quiere decir *gamo* dos veces, y sabido es que el gamo aplicado á la especie del hombre-marido, deprime grandemente la especie.

De modo que ya lo saben ustedes, no quiero ser gamo de ninguna manera, y bigamo mucho menos.

Mis mujeres son muchas más de dos, son todas las que me gustan; hoy por hoy, lo digo sin vanidad, y sin *ponerme moños*, pasarán de doscientas quince las mujeres que considero mías.

Toda la que me gusta por algo, la hago mía *incontinenti*, por eso, por lo que me gusta.

Voy por la calle y vislumbro una señora, ó señorita, lo mismo me da, que me gusta como anda, pues sigo detrás de ella viéndola andar, hasta que llega á su casita, en la cual la dejó en paz y en gracia de Dios. Veo otra que me gusta por su manera de estornudar y me voy siguiéndola por la acera de enfrente, siempre sin molestar, esperando á que estornude, que es lo que á mí me vuelve loco de aquella mujer.

Veo otra que se recoge bien la falda, ó que lleva el devocionario con cierto donaire, ó que pisa bien, ó que hace mímica recreativa, pues las sigo hasta saber donde viven, porque bueno es saber donde viven.

Hay días que quiero ver á mi mujer la que habla mucho, y espero en la puerta de su casa

á que salga, y la sigo durante el paseo lo más honestamente próximo á ella que me sea posible, oyéndola su charla encantadora.

Otro día me da por ver á mi mujer la que anda muy aprisa y muy menudito, y la misma operación, la espero y luego la sigo á gran distancia saboreando la manera de andar que me entusiasma.

Tengo una mujer que la ha dado por salir en coche, y que me gusta mucho por su manera de recatarse, á la cual sigo muy pocas veces, porque voy echando el bofe cuando la sigo; no siempre tiene uno dinero para tomar un simón.

Hay muchos amigos míos que conocen ya á algunas de *mis mujeres* y á lo mejor me encuentran con uno de ellos que me dice:

—Ayer vi á tu mujer la que tose bien.

—¡Hombre! ¿Por dónde? He ido á buscarla tres ó cuatro veces y he sufrido mucho.

—¿No has logrado verla?

—Sí, hombre, sí; pero yo no sé que demonio de pastillas le han dado, que ya tose de muy de tarde en tarde, y hay tarde que no tose nada; esa para mí ha perdido todos sus encantos, me voy á divorciar.

Otras veces me ocurre ir al lado de una que me gusta porque respira con dificultad, y nunca falta el amigo indiscreto que viene á preguntarme de buenas á primeras y en alta voz.

—Oye, ¿es esta tu mujer la que habla mucho?

—No, señor; el que habla mucho eres tú—, le respondo.

—¡Canastos, no te incomodes!

—¿No he de incomodarme?... Si vienes á perturbar la paz del matrimonio.

No sé si soy yo el que tiene razón; pero el caso es que entre todas las mujeres que me gustan me he hecho *una sola* para mí solito, que me sale muy barata y que siempre *está haciendo* lo que á mí me gusta, que es la condición que debe tener la mujer ideal.

Además, porque hay otro además, no es una mujer que esté en casa y moleste, no; es una serie de mujeres para andar por esas calles en vez de una sola para andar por casa, que por buena que sea, siempre da algún disgustillo que otro.

Y ahora ¡que me echen filósofos y hombres afortunados con las mujeres!

Félix MÉNDEZ



EL PADRE JUAN

La marquesa D'Ivernois es una real moza, como podrán apreciar los madrileños por el retrato que ahí mando.

Pues bien, acaba de separarse del marido, entablado demanda de divorcio.

¿Que cuál es la causa?

Oído al parche.

Para la educación del único hijo de los espo-

sos D'Ivernois, fué llamado á la casa el pastor protestante Jean Brutler, varón fornido de luegas barbas, joven, de mirada inteligente y ademanes vivos.

La dama tomó con tal empeño las excelentes cualidades pedagógicas del padre Jean, que le puso cuarto dentro del propio domicilio conyugal, marchando todo admirablemente.

La marquesa se aficionó demasiado á las lecciones del retoño, vigilando de cerca al preceptor, llegando á olvidar que tenía deberes de mujer casada y desviándose del marido.

El marqués, hombre bueno de suyo, dejó que



La Marquesa D'Ivernois.



Mlle. Ivette.

su cara mitad prescindiera de él, atareada con la instrucción del heredero, y por su parte procuró no distraer á la señora del noble y legítimo afán de sacar adelante al rapaz.

Y á fin de no echar de menos el calor de la cuidadosa dama, hizo el amor á Mlle. Ivette, aplaudida actriz del Odeón, que correspondió á los requerimientos del pillastre.

Enterarse del lío el padre Jean y soltárselo á la marquesa fué obra de un instante, el que se tarda en tirar un leve mordisco en una mejilla.

—¡Repantalones!— exclamó la marquesa —¿mi Adán de pavo con la Ivette? ¡Ca!

Y ¡pum! cayó sobre el desdichado marqués, soltándole cincuenta frescas y obligándole á tomar la escalera.

El padre Jean sintió mucho la pelea, y se hubiera marchado á no ser por el *petit enfant* á quien quería de veras. Pero se resignó á quedarse, sobre todo cuando la marquesa, además de dama cariñosa y considerada, tenía una espléndida cocina.

Ivette ríe en las barbas del marqués el sucedido y se alegra, tanto como el padre Jean, de que el expediente de divorcio se resuelva en seguida.

Anunque París se halla acostumbrado á tranques bastante peores, la circunstancia de intervenir un pastor de la Iglesia y una comedianta en el desarreglo de un hogar, obliga á grandes y chicos á guñar el ojo, y así como en Madrid se hizo de moda aquello de: «¿y de la niña qué?», aquí preguntan si *monsieur le marquis* suelta virutas ó da corcho.

Supongo que el Gobierno francés propondrá para la cruz del martirio al marqués infeliz, y para la Legión de Honor al padre Jean, que ha sabido sacrificarse, no dejando sola á la barbiana de ojos melosos y corazón santo.

LUIS

París, 1.º de Abril de 1908.

MI PROGRAMA

*Como me propongo ser
candidato ó concejal,
cumpliendo con un deber
les diré cual ha de ser
mi gestión municipal.*

*A ser edil decidido,
conseguir el triunfo espero.
Nadie apoyo me ha ofrecido
ni me obliga mi partido;
¡me presento porque quiero!*

*Ya descubierto mi afán;
por si al fin llego á ir allí
donde otros dichosos van,
les voy á explicar mi plan
provechoso... para mí.*

*Más ó menos acertado,
mi programa he formulado
y ahí va completo, señores...
¡No dirán los electores
después, que les engaño!*

*Mis propósitos son buenos;
no quiero, ni más ni menos,
que á cualquier hora del día
me saluden los serenos*

*y agentes de policía;
que al pasar, frecuentemente,
por algún fielato, me
digan siempre atentamente
los guardas, si voy con gente:
— «No hay novedad, don José.»*

*Quiero también presidir
dos corridas; asistir
á alguna que otra sesión
y dos veces al mes ir
á la Corte en comisión.*

*Quiero en varias ocasiones
presidir las procesiones,
asombrando á los chiquillos,
y beber en las sesiones
agua con azucarillos.*

*También deseo—y no es guasa,
pues muchos lo deseamos—
lucir mi elocuencia escasa
y que el Domingo de Ramos,
me lleven la palma á casa.*

*Me compraré una chistera;
he de tener muchos humos;
pondré á mi puerta una acera
y colocaré en consumos
á un primo de mi lechera.*

*Cuando de el Ayuntamiento
bonos, yo me llevaré
á mi casa más de ciento;
siempre en el coche tendré
para lucirme un asiento
y, si la ocasión asoma,
echaré alguna soflama
estropeando el idioma.
Este será mi programa
sin quitar punto ni coma.*

*De hermosas ideas llenos,
otros expondrán quizás
proyectos grandes y buenos
y acaso esos digan menos
y hagan luego mucho más.*

*Conmigo no hay desencantos,
como los habrá con tantos
que acuden á otros registros...
¡Con este programa cuantos
habrán llegado á ministros!*

José RODAO

UN CONSUELO

CUENTO BATURRO

Cuchareta (á varios amigachos que con el están en la plaza del pueblo).—Sus digo que me paice que á *Bastianico* le pasa algo... Ende el día dimpués de su boda no se le ha vuelto á ver contento... Va siempre mu caviloso, se le ha rompío el color y...

Un viejo.—¿Queréis saber lo que le pasa?

Todos.—¡Sí! ¿Qué le pasa?

Un viejo.—Lo que este ha dicho; algo.

Todos.—Que agudo... ¿Te habrás quedau calvo pa pensalo.

Un viejo.—Es que este ha dicho que le paicia y yo lo afirmo en redondo...

Otro viejo.—En redondo como el puchero que llevas encima de los hombros...

Cuchareta.—Yo lo hi de saber...

Un viejo.—Mira, por ahí viene...

Bastianico (á *Cuchareta*).—Oye... Tengo que date un mandau... Amos aquí cerca...

Cuchareta.—Amos. (Vanse á un lugar apartado.)

Bastianico.—Te hi llamau, porque me pasa... La verdá, me da reparo icilo... Pero me pasa que tengo un desgusto mu gordo ende que me casé... Y este desgusto mío me paice que no tiene remedio... Y yo estoy sin consuelo, ni puedo tenelo, ni hay quien me lo dé...

Cuchareta.—Amos, hombre... Vulca esa pena reontra!, á ver si yo te puedo dar consuelo...

Bastianico.—Pus... es el caso, chico, que me casé...

Cuchareta.—Ya lo sabía.

Bastianico.—Y aquella noche, la noche de novios, tuve un desengaño que me tié loco...

Cuchareta.—Tu mujer no era tan maja como paicia vestida ¿eh?

Bastianico.—No es eso...

Cuchareta.—¿Pues?...

Bastianico.—No sé cómo icítelo... Mi desgusto viene de que me hallé con que... Maño, no sé como icítelo. Me da vergüenza decilo á las claras...

Cuchareta.—Dilo rebozau...

Bastianico.—Pues, total, que yo me figuraba que tendría que romper la tela del cedazo de mi mujer...

Cuchareta.—Y ¿qué?

Bastianico.—Que ya se l' habían roto... ¡Ya ves tú si es grande mi pena!... Ya ves si puede haber consuelo pa mí...

Cuchareta.—Calla, melón... Que no te pasen desgracias más gordas... Ya lo creo que tienes motivos pa consolate...

Bastianico.—¿Cuálos?

Cuchareta.—Dos: primero, que por carretera abierta no te puedes perder ni equivocár de camino...

Bastianico.—Es verdá.

Cuchareta.—Y, segundo, maldita la importancia que tié que tenga roto eso...

Bastianico.—¿Por qué?

Cuchareta.—Pa lo que había de durar...

Bastianico.—¡Rediez!... Tiés razón...

El Bachiller CORCHUELO

CONCURDÁNEOS



—Luego dirá la *Nisa*, que estoy hecho un vago. Con esta son nueve tabernas, ya ves que ni un momento descanso.

TROVA

*En noche de luna,
bajo tu ventana
orlada de tuestos de rojos claveles,
así te cantaba:
despierta, mi cielo,
disculpa mi audacia
y oye de tu amado, tan solo un instante,
las quejas emargas.
No te creas que vengo,
con traidora saña,
á turbar de tus sueños de virgen
la plácida calma.*

*Sin oiro testigo
que esta luna clara,
devuelve á mi pecho la voz que perdiera
con una palabra.
Asoma entre flores
bañadas de plata,
tu linda cabeza, cabeza de ángel
que posa en la almohada.
¿Por qué desconfías?
¿Por qué eres tan cauta?
¿Por qué á mi no acudes al ver que me muero
de amorosas ansias?
Solo, suspirando
por ventura tanta,
yo sigo la senda de rosas y espinas
que tú amor me traza.
Ten piedad siquiera
de quien te idolatra;
cesen tus rigores é infúndeme alientos,
¿para prueba basta!
¿No ves que es inútil
fingir, que delatan
tus parleros ojos lo que por mí sufres
y tus labios callan?
En noche de luna
bajo tu ventana.
llorando en silencio mi eterna desdicha,
así te cantaba.*

A. ESCAMILLA RODRIGUEZ

Cosas de ellas.

Personajes: Pepita, una hermosa hembra de diecisiete años, rubia, bien vestida, ideal como los ángeles del Dante.—Enrique, joven de veintiocho años, novio oficial, tipo moreno, de aspecto mundano y temperamento nervioso.

La escena tiene lugar en afeminada habitación donde aparecen confundidos en encantador desorden patrones de vestidos, muestras de telas, cintas, encajes y catálogos de *trousseaux*.

Enrique (con mucho mimo y atisbando á la futura mamá política que cabecea en la inmediata habitación).—¿Me quieres? ¡Gloria! Cielo bonito...

Pepita (revolviendo tules y encajes).—¿Eh? ¡Sí!... Mira que lindo...

Enrique (con apasionamiento).—Por fin se aproxima el día feliz para nosotros. Voy á dejar de ser novio para convertirme en marido. ¡Cuántas veces pensé en esta nueva época! Ser: toda tú mía y dueña por completo del loco de tu novio, primero y único que te adoró con sus quererres, ¿verdad?

(Pepita coge un catálogo de equipos hojeándole poco á poco).

Enrique (con más calor en la expresión).—En vez de soñar con tus besos, nada más que soñar, dártelos de veras, con toda mi boca, en tus ojos, en tu cabello de oro, en tus labios, en el lóbulos de tus orejitas de muñeca, en todo tu cuerpo... Decirte lo que sólo me atrevo á contar á tus retratos, hacerte feliz, dichosísima, hasta que tú, pedacito de cielo azul, tartamudeando de placer me confieses ser la más venturosa de las mujeres... ¿Sabes?

Pepita (indiferente).—¡Sí, sí!

Enrique (suplicante).—Oye, ¿llegará con la boda todo lo ofrecido? Por mi parte prometo no hastiarme jamás de tu cariño, por mimosa que seas, por empalagosa que te pongas, por romántica que parezcas ser... Veo que tuercas con enfado tu entrecejo como si pensases recriminar mis palabras. ¿No es eso?

(Pepita sigue mostrando su gesto de enfado y pasa deprisa las hojas del catálogo sin responder.)

Enrique (muy nervioso, acechando el sueño de la gruesa durmiente, se exalta cada vez más).—Piensas exclamar un «gracias» saladisimo que sepa á gloria el escucharlo; y como ese gesto me embelesa y el mohín truanesco que adivino vagar por tus labios me encanta más y más, permite que...

Pepita (admirada).—¿Eh?

Enrique (levantándose rápidamente, pone en práctica las palabras).—Pagué esas «gracias» dándote en los labios rojos y húmedos que tienes, uno, dos... mil besos muy fuertes y muy largos, para que después, al hacerte la eterna pregunta, obtenga respuesta afirmativa. ¿Me quieres?

(Pepita rechaza débilmente el *confetti* de caricias y sigue cotejando los precios de los *trousseaux* por ella examinados.)

Enrique (que se molesta por el pertinaz silencio de su prometida).—Pero ¿qué es eso? ¿No respondes? ¿En qué piensas, Pepita?

Pepita (con infantil candor de virgen rubia).—En que esto está equivocado... Deben faltar ceros. ¿Cómo iban á dar, si no, tantas piezas bordadas, y todo por 200 francos nada más?

E. PELÁEZ MASPONS

EGOISMO

Alzad, alzad al cielo
vuestras doradas copas;
brindad, brindad cantando
canciones amorosas;
suenen voces de ninfas
como cascada loca
de plata despeñándose en cristalino fondo,
con manantial de notas.
¿Por qué están vuestros ojos llorosos, bajos, tristes?
¿Qué mueca dolorosa
entrebre vuestros labios? Sí: llegan á mi oído
las voces misteriosas,
las voces de campanas
que gimen cuando doblan.
¡Un hombre vivo menos!
¡Murió! ¿Qué nos importa?
El que se fué estorbaba
y el que se queda, estorba.
Gocemos, pues, alegres
de tan contadas horas...
Alcemos nuestros brazos,
vertamos nuestras copas,
y vinos generosos endulcen con sus mieles
nuestras amargas bocas.

Germán GONZÁLEZ DE ZAVALA

Vanidades provincianas.

¡Vanidad! Esta pasión ridícula fué flajelada sañudamente por Salomón en el *Eclesiastés*. Mas esta pasión ridícula crece lozana en los espíritus de los múltiples pseudo-Salomones que vegetan por el estrecho perímetro de las pequeñas capitales y de las poblaciones ínfimas. Lo cual tiene una incontrovertible razón lógica, por ser una consecuencia natural de la estrechez de visión y de la cortedad de alcances de estos buenos señores que pasan por el mundo con una perfecta, con una enciclopédica ignorancia de cuanto les envuelve, sumisos á las preocupaciones que anidan en la urbe que les hizo nacer y les hará volver al polvo, según las evangélicas palabras: «Pulvis eris...»

Sus tarjetas de visita son una demostración elocuente de tal verdad. Unas letras negras que resaltan en la cartulina, nos dicen un nombre tan obscuro, tan pequeño, que no puede tener mayor insignificancia. Bajo el nombre, sirviéndole de peana, se nos presenta un título profesional ó académico. El hecho de lucir el rumboso título de abogado ó el más modesto título de perito agrícola, da una gran importancia á su feliz poseedor, envanece á los humildes y entontece á los listos. Por eso, cuantos pueden presentarse provistos de tal ejecutoria, aun sin tener (desgraciadamente para ellos y afortunadamente para la clientela no llegada) ni pleitos donde abogar, ni terrenos que mensurar, pasean, no obstante, su satisfacción, graves como canónigos, serios como jueces y estirados como maestros normales, hablando recio, tosiendo fuerte, fumando en pipa, carraspeando con estrépito, expectorando con violencia. ¡Que gracia más cómica la de sus alardes por aparecer como seres descendidos del reino de la Sabiduría al reino de la Tontería!

Si alguno de ellos se siente *literaturófilo*—dicho más claramente: amador de la literatura—y cuenta con algún órgano local donde verter sus deyecciones, la vanidad que le corroe llega á una máxima exaltación. De seguro dirá vulgaridades innúmeras; probablemente se llamará negador de todos los escritores habidos y por haber para fusilarlos después de desacreditarlos, ó se llamará imitador de los que más afinidades tengan con él y se consagrará á copiarlos en caricatura, con la mejor buena fe del mundo.

Al pie de sus escritos, de sus crónicas, de sus cuentos, de sus poesías, nos dirá su profesión, aunque su profesión no le produzca ni dos céntimos.

Fiscal sustituto, magistrado suplente, profesor de primera enseñanza, perito agrícola; bellos pedestales que, gracias á un eficaz hechizo misterioso, iluminan el obscuro nombre del obscuro *literaturófilo*.

¡Ay del infeliz que no pueda mostrar ningún título profesional ó académico! ¿A quién se le ocurre morar en una pequeña ciudad y no ser, al menos, *aspirante á procurador*? ¿O abogado? ¡Abogado!, bella palabra que, como mágico señuelo, magnetiza los sensibles corazones de las casaderas niñas y endulza los rostros huraños de las futuras suegras. ¿O ingeniero? ¡Ingeniero! Tal es el ideal masculino de muchas inocentes muchachas que, aguardando durante años y años al novio provisto de carrera tan «brillante», concluyen matrimoniando con un humilde burócrata cuando el tiempo destructor apolilla su virginidad más ó menos incólume.

¡Abogados, médicos, farmacéuticos ignaros que perseguís la senda matrimonial como una solución á vuestras soledades, que sentís la necesidad de nimbar vuestros nombres con una aureola de popularidad, que sonreís orondos cuando, impulsados por el acicate de la ambición, proclamáis vuestra superioridad sobre cuanto os rodea; marchad, marchad lejos de la Corte; id á las pequeñas ciudades donde la modalidad espiritual de sus moradores está dispuesta siempre á conceder acogidas benévolas á todo lo pedestre; escribid en el diario local de mayor circulación; hablad de lo que no sepáis; despotricad en tertulias contra el modernismo, contra Wagner, contra cuanto vuestra miopía intelectual os impida ver; discurred, sobre cosas de las que nada entendáis, encabezando vuestros discursos con el sacramental «yo entiendo»! Hacedlo así. A fe mía que, antes del tercer aniversario de vuestra instalación en el pueblo, sois populares sois superiores, sois esposos de candidas palomas deseosas de caer en brazos del osado gavilán, y, si os invade la ambición, sois hasta... regidores del Ayuntamiento Constitucional.

José SUBIRÁ



—Ah, bribón. Te vas y la dejas, y decías que la amabas. Yo te sacudiré el polvo.

NUESTRO PARÍS

El amor y la muerte.

Había terminado la comida y el flir permitido con aquellas damas iba más allá de lo que Modry calculara. La situación se sostenía entre los siguientes personajes: Modry, anfitrión, que nos daba hospitalidad y cena (s. c.) en su garçonnière; M. Trudain, Mme. Trudain (vamos al decir) una morena deliciosa; Violetta, la bellísima rubia, entretenida por el Banquero X (cosa que nosotros debíamos ignorar), mi amigo O'Connor, español irlandés, y yo.

Yo dejé á O'Connor, como más experimentado y amigo de la casa, que hiciera su corte á Mme Trudain en las barbas de su señor, que lo llevaba muy á bien, por cierto, entretenido en conversación de negocios con Modry, y me dediqué en cuerpo y alma á la esbeltísima Violetta.

—Yo no se hacer la corte en francés—le dije—, si pudiéramos hablar en español le diría mil cosas tan sutiles y poéticas que la encantaría. Porque usted no sabe la cantidad de poesía que van acumulando en mi alma los ojos de usted.

—El cumplimiento es ya traros-montes. Los españoles sólo son capaces de poner ese fuego en las palabras. Yo creo que vuestro país guarda el secreto del verdadero amor. Un amor intenso, ardiente, trágico, ¿verdad?, ligado en un modo indefinible con la muerte... ¡Oh, si se pudiera morir un poco!

—¿No querría usted que probáramos?

—Esa es ya una salida á la francesa. Sea usted mi español por completo. Yo lo comprenderé á usted. Adóreme á su modo. Olvide usted que estamos en París.

Aquí empezó para mí una situación verdaderamente cómica. El español que ella quería no se encuentra ciertamente en España. Si me conduzco como un chulillo madrileño ó como un galán de comedia clásica estoy igualmente perdido. No se trataba sólo de poseer á aquella mujer, sino de conquistarla. Y la España que ella tenía en la cabeza era la de Gautier, la de Dumas, la de Bizet, corregida é ilustrada por algunas canciones de Carolina Otero.

—Si yo la amara á usted en español—la dije—me dejaría usted plantado ahora mismo, sí; porque le exigiría, en primer término, que se fuera usted de aquí; que saliera esta noche á la una á la ventana baja de su hotel... y que me permitiera matar á los que se atrevieron á mirarla.

—Todo se lo concedo. Delo usted por hecho.

—Luego—añadí—la obligaría á jurar sobre la cruz de este puñal ser solo mía. Y después le daría el puñal para que le llevase en la liga; prevenida contra toda acechanza.

—Deme usted.—Y al coger el arma su mano tembló ligeramente.

—Después, la pediría que no recibiese á nadie. Que no saliese jamás sola. Y, por fin, que me diera una cita en su cuarto, subiendo yo por una escalera de seda hasta el balcón.

—¿Y después?

—Después le exigiría un nuevo juramento cada día. Y como ni aún así estaría yo seguro de que su amor era solo mío, decidiría por fin una noche que nos matásemos, y dejaríamos dicho que nos enterrarán juntos.

—¿Así se ama en el país de usted?

—Sobre poco más ó menos.

—Pero yo no veo ahí más que exigencias por parte del hombre. ¿Y la mujer?

—La mujer ama y muere con los ojos cerrados?

—Pero ¿sus derechos?

—No los tiene.

—¿Su venganza si es engañada?

—Oh, todo lo terrible que usted quiera.

Pero como el pérfido huye...

—Entonces ¿qué le queda?

—La muerte.

—Triste condición.

—Sublime, al contrario. Amar y morir.

—Entre nosotros es al revés.

—¿Cómo?

—Sí. Amar... y vivir. Tome usted su puñal.

—¡Oh!, guárdelo usted como recuerdo de esta lección de amores... No tenga usted miedo... Es un abanico.

Violetta me miró sorprendida. Después los dos nos echamos á reir, y, cogidos del brazo, salimos del comedor.

La soirée terminó agradablemente.

Y la noche.

Otro día fuimos juntos á dar las gracias á Modry, y ella le dijo:

—¿Sabes que son terribles tus *españolos...* de *patignolos*?

Manuel MACHADO

A UNA...

Mucho me has hecho sufrir
con tu manera de ser,
pero te vas á morir
y yo lo llegaré á ver.

Si con sangre de mis venas
tu epitafio yo escribiera
sin gota de ella quedara
con tal de que cierto fuera.

E. S. M.

Un rapto poco vulgar.

Si habemos de dar crédito á los refranes, y si como tal es cierto aquel que dice: *Lo que mucho vale, mucho cuesta*. Dolorcita Bermúdez debía ser un tesoro de más valía que el tan codiciado de los Incas, á juzgar por lo que costaba al infeliz Paquito Gurripatez, excelente chico, que fuera de ser pobre como una rata, tener más deudas que pelos y gastar antiparras, reunía todas las condiciones apetecibles para convertir el mundo en una sucursal del Paraíso á la mujer que con su mano le confiase su felicidad.

Pero no era esta la opinión de D. Fermín Bermúdez, el zafio y bigotudo progenitor de la chica, que había jurado acogotar á Paquito antes de verlo casado con su hija y por este hecho presunto heredero de los quince mil duritos que, nadie sabe cómo, logró amasar en sus buenos tiempos de capitán de Carabineros en la Línea.

Este buen señor parecía no haber nacido para otra cosa que no fuese molestar al prójimo, ya persiguiendo con relativa ferocidad si era contrabandista, ya maltratándolo y haciéndole sufrir, si de pretendientes á su hija se trataba, lo que venía á dar en lo mismo: en atraer sobre la puntiaguda cabeza de D. Fermín tan temerosas nubes de maldiciones, que, de haberse cumplido la mejor intencionada, hubiese muerto su causante hidrófobo.

En Málaga, ciudad donde en compañía de su hija había establecido su residencia, gozaba de una popularidad nada envidiable, pues á cualquier persona que se le preguntase por don Fermín, respondía:

—¿Quién? ¿D. Fermín el de la *caye* Beatas? ¿Ese *asaúra*? Er tío más cerril y dañino de *toa* la *crístiandá*. No hay más que verle la cara, que *paese* un asiento de rejilla. ¿*Pos* y los ojos? Dos *puñalds* en un tomate. ¡Que lástima de hija tan mal *empleát*! y lo que sufre la *probe* por su culpa. ¡Mal tiro le peguen!

En efecto; Dolorcita sufría mucho, porque figúrense ustedes una muchacha con veinte años, sintiendo en su corazón, por naturaleza fógosa, la necesidad de amar, y sin poder dirigir una mirada á un ser del sexo opuesto sin arriesgar el raso de su hechicera cara...; figúrense ustedes lo que debía sufrir. Y lo peor del caso es que no sufría sola, porque el mancebo que, alucinado por el fulgor de los espléndidos ojos de Dolorcita, se atrevía á rondar sus balcones, podía contar, sin temor á equivocarse, con una magistral paliza de D. Fermín, que consideraba enemigos particulares á los que, siguiendo los impulsos de su corazón, ansiaban por emparentar con él, no porque destinase su hija al claustro ni mucho menos, sino porque esperaba para ella algún

grande de España aunque lo fuese chico de cuerpo, que enamorado de la joven aceptase su blanca mano.

Si en general odiaba á todos los que no reuniendo estas condiciones, osaban intentar la seducción de Dolores, condensó su ira sobre el pobre de Gurripatez que, locamente enamorado, sufría pacientemente los arrebatos de D. Fermín sin abandonar su puesto frente á la casa, logrando de esta forma interesar á Dolores que pronto concibió por él una de esas pasiones que conducen al suicidio por partida doble ó al rapto simple, que tan de temer es una cosa como otra. Esta pasión se traducía por cartas incendiarias de las que era portadora una criada de Dolorcita, sin nunca poderse hablar por culpa de D. Fermín, que emboscado en el portal y armado de un formidable junco, aparecía al primer *te adoro*, convirtiendo los suspiros de ternura en lamentos de dolor.

Como no hay cuerpo que resista una soba cotidiana y el de Gurripatez no era de hierro, un día se decidió á jugarlo el todo por el todo, proporcionando á Dolores un rapto, que ésta, en una crisis de ternura, aceptó con alegría. La de Pepito no conoció límites y hasta hubiese bailado una jota en plena calle, si sus molidos huesos se lo permitiesen.

Al día siguiente, cuya noche estaba fijada para el rapto, se levantó D. Fermín contentísimo, lo que en él era incólito, sorprendiendo tanto á su hija esta brusca mudanza de carácter que se atrevió á preguntarle la causa de su júbilo.

—Es que me han dicho que mañana llega á Madrid un antiguo camarada, prisionero de los tagalos, y voy á esperarlo. Al medio día me marchó en el exprés.

Dolorcita estuvo á punto de traicionarse, tal fué su contento, retirándose para ocultar su turbación á la cocina, donde Robustiana, su Celestina, permanecía, sin motivos aparentes, triste y cabizbaja.

D. Fermín, solo en el comedor, paseaba dando chupetones á su pestilente cigarro, dibujándose de vez en cuando en su enorme boca una sonrisa cuyo sentido él sabría.

.....

La media noche sonaba en el reloj de la catedral, cuando Gurripatez, descendiendo de un coche en una callejuela próxima á la casa de don Fermín, se acercaba cautelosamente al suspirado portal, donde con los ojos del alma veía á Dolorcita esperándole palpitante. ¿Y si, siguiendo su costumbre, aparecía D. Fermín en el momento más oportuno? ¡Brr! Ni pensarlo quería. Pero ¡oh, cielos!, ¿qué veía Paquito en el portal de su amada? ¿Sería Dolores aquella forma blanquecina que se divisaba? ¿No sería? ¿Sería? En esta alternativa estaba Gurripatez cuando el bulto blanquecino se agitó y dejando oír un voluptuo-

so fru-fru de enaguas almidonadas, se dirigió á Pepito cuya emoción era tanta que ni tenerse en pie podía.

—¿Eres tu, angelical Dolores?

—La misma, adorado Paquito, respondió un murmullo solo comparable con el producido por el céfiro.

—Pues si confías en mi honor, apóyate en mi brazo y dile adiós para siempre á esta casa donde tanto has sufrido.

—Vamos;—volvió á contestar el murmullo.

Y agarraditos del brazo se dirigieron al coche cuyo auriga al ver de lo que se trataba exclamó sonriente:

—Señorito, esto se paga doble ¿verdá?

El coche comenzó á rodar por las desiertas calles, y Gurrripatez, ébrio de felicidad, se atrevió á agarrar una mano de su amada que no sin cierta extrañeza notó ser áspera y callosa, lo que no obstó á que exclamase con tono plañidero.

—¡Oh adorada Dolores! Al fin eres mía, únicamente mía, exclusivamente mía, y por mi honra te juro que jamás te arrepentirás del paso á que la brutalidad de un padre te empujó (¡caracoles! Me pareció haber oído el gruñido de don Fermín). Desafío á que te arranquen de mis brazos, reto á todos los Fermines habidos y por haber y... (¡Lo que hace la ilusión! ¡Otra vez oí el mismo gruñido). Ya que tantos sacrificios me has costado, ¿puedo contar con la recompensa, idolatrada Dolores? ¿Con un beso de tu boca?... Y cada vez más excitado se acercaba á Paquito su adorada, hasta que cogiéndola por la cintura estampó en su boca un estrepitoso beso y... ¡Misericordia! ¿Qué es esto? ¿Estaré demente? Pues no me pareció... nada, es imposible, absurdo. Con todo, bueno será encender una cerilla... pero se me han perdido? ¿Dónde estarán? ¡Gran Dios! He perdido la chaveta. ¿Estaré loco? Dolores con bigote... absurdo, imposible. Se me va la cabeza. Y ella á nada contesta... por fin aparecieron las cerillas... ¡frrr! ¡frrr!

Cuando las tinieblas fueron disipadas y Paquito lanzó una mirada al asiento de enfrente sintió helársele la sangre en las venas. ¿Tan horrorosa era Dolores? ¡Quia! Dolores era preciosa; el que era feo era D. Fermín que coquetonamente arrebujado en un mantón y con el junco en ristre ocupaba el coche, raptado por el infeliz Paquito.

Lo que en aquel estrecho recinto se armó fué indescriptible. Hubo estacazos apocalípticos, lamentos desgarradores, puñetazos á granel, bofetadas, arañazos, mordiscos... Y de todo era víctima el pobre de Gurrripatez que incapaz de defenderse sufría aquella verdadera avalancha, pidiendo socorro.

Cuando el cochero en unión de algunos transeuntes consiguió domeñar la fiera, Gurrripatez había perdido los sentidos, y D. Fermín, en tra-

jes femeninos, fué conducido á la prevención, donde durmió aquella noche, satisfechísimo de su hazaña.

¿Y el pobre de Gurrripatez? preguntarán ustedes. Pues el pobre de Gurrripatez, incapaz de exigir una reparación, se hizo cura, con la esperanza de llegar á Papa y poder excomulgaa solemnemente á D. Fermín, ya que no podía vengarse de otra forma.

Antonio AGUILERA DEL PINO

PALABRAS DE CONSUELO

á Pedro Luis de Gálvez, en la muerte de su hija.

¡Pobre bohemio! Seca tu llanto,
¡que con tu pena yo estoy llorando!
¡Pobre bohemio no llores más!
Tu pobre niña—rosa temprana—
abrió sus alas esta mañana
¡y echó á volar!

...Y hacia la altura fué presurosa...
cual golondrina, cual mariposa...
—alma con alas, bella y sutil—
sube la esencia, sube el aroma...
—las golondrinas, las mariposas—
!lo que es ventura, lo que es reir!

¡Pero no llores, pobre bohemio!
tu linda niña se fué sonriendo...
en ti pensando, también, se fué...
Y en la muñeca de rizos de oro...
¡Pobre bohemio! Seca tu lloro.
¡Qué hemos de hacer!

La vida es triste... La vida es esta...
Mientras tú lloras, tu compañera
alza los ojos llenos de amor...
y entre las blancas nubes de raso
vé á su niñita que, con las manos,
le dice: ¡Adios!

La vida es triste, la vida es esta...
Mientras tu gimes, mientras tus penas
te hacen sufrir,
Allá en la altura—jardín de flores
y de luceros y resplandores—
¡ella es feliz!

¡Pobre bohemio! ¡Seca tu llanto!
¡Que con tu pena yo estoy llorando!
¡Pobre bohemio, no llores más!
Tu linda niña—rosa temprana—
abrió sus alas esta mañana
¡y echó á volar!

Eduardo DE ORY

NUESTROS REGALOS

En el sorteo verificado en esta Administración á presencia de personas respetables el 25 del anterior, han correspondido los diez décimos de la Lotería Nacional del día 31 á los señores siguientes:

D. Enrique Martín Alcoba, teniente coronel de Carabineros de Valencia.—D. Juan Domínguez Ricart, profesor de instrucción primaria de Barcelona.—D. Inocencio de la Hoz Quiroga, abogado de Madrid.—D. Federico Ramírez Tormo, guardia civil.—D. Salvador Delgado Molina, cabo de Carabineros de Huesca.—D. Ignacio Vengut Borrrel, médico de Tarragona.—D. Isidoro Rey Martínez, comerciante en Oporto.—D. Restituto Mauri Buendía.—D. Francisco Smirta Delgado, oficial de Sala de Audiencia en Madrid, y D. Severino Pérez Fernández, comandante.

*
**

Los diez primeros premios del sorteo del 29 de Febrero son:

El 14.747, el 1.981, el 12.973, el 25.573, el 13.939, el 2.251, el 27.323, el 16.294, el 21.169, y el 20.225.

Aquellos de nuestros suscriptores que tengan cualquiera de los números expresados, lo remitirán á esta Administración para enviarles el reloj ó relojes que les hayan tocado de los diez que hemos regalado iguales á los que anunciamos en la última plana

A los suscriptores de los cuerpos armados, se les expidieron los números correspondientes con los recibos entregados al cobro en las respectivas cajas el día 1.º del mes de Febrero.

Habrán llegado á su poder, pues, dichos recibos, en la liquidación del mes de Marzo.

*
**

INTERESANTE

Los suscriptores que pidieron relojes de los que anunciábamos en cuarta plana, irán recibiendo los que faltan durante el mes actual.

Cuantas preguntas ó reclamaciones crean conveniente hacer sobre el envío, las dirigirán á los fabricantes con las siguientes señas.

Señores Grau Hermanos.—Apartado 58, en Valencia.

CANTARES

Si un amor se te concluye
no te apures ni lo sientas
que toda cosa que acaba
es otra cosa que empieza.

*
**

Poco fuego y mucha leña...
Poca flor y muchas hojas...
Así ha sido tu cariño
Poca miel y muchas moscas.

*
**

Corre mundo y ya verás
que es peor lo que vas viendo
que lo que dejas atrás.

*
**

Tanta presunción que tienes
y tanto orgullo que tengo
¡y debajo de la piel
llevamos dos esqueletos!

*
**

Fué tan triste mi pasado
y es tan triste mi presente,
que pensando en el futuro
no se si esperar que llegue.

*
**

Me dijiste que me fuera...
¡Y quisierairme tan lejos
que saliera del planeta!

*
**

Supe que la gente es mala
cuando tuve tus caricias
y después vi que eran falsas.

Fanny M. de la TORRE



—Hechizo de las cumbres, sol de los radiantes núcleos de la invisible corteza de los lares ebúrneos; divina aparición de acaramelada é inconsútil preocupación, deja, deja que te adore el monopolio fecundante y la...
—Si no se retira usted lo meto de polainas en la sombrerera.

DÉCIMO NÚMERO DE NUESTROS CONCURSOS

EL RELOJ DE MERCIÉ

Los caprichosos muebles de aquel gabinetito, precioso tesoro de la coquetería femenina, esfumándose en la penumbra del anochecer, apenas se distinguían; solo un rayito de luna, curioso impertinente que hiriendo los cristales se deslizaba por el resquicio de la puerta del balcón, medio entornada, producía besos de luz que iluminaban con vaguedad el rostro precioso de aquella Eva tentadora, de ojos grandes y cabellos áureos que al recibir el *bristol* del elegante Mercié se dispuso á esperarle como siempre, con la sonrisa en los labios.

—¡Oh!—dijo la encantadora Fanny, apenas le vió penetrar en su lujoso camarín—He aquí una agradable visita que ya no esperaba recibir.

—¿Te sorprende, no es verdad?

—¡Es claro, al cabo de un mes de ausencia!... Lo que prueba no eres libre, ó que no me quieres, ni me has querido nunca.

—¡Te engañas! Yo siempre te he querido... y mucho y, aun cuando mi cuerpo haya estado lejos de ti, mi voluntad, mi cariño, mi alma, todo mi ser, en fin, ha vivido durante ese tiempo fortalecido por tu recuerdo.

E hincando Mercié las rodillas en la bordada alfombra, se apoderó de una de las manos suaves y regordetas de la bella y con apasionamiento exclamó:

—Alcanzaré tu perdón ¿eh?

—Es posible, bribón; pero... como tu conducta ha dejado en esta ocasión bastante que desear, debiera saber vengarme.

Y dándose por satisfecha al ver rendirse á sus pies al arrepentido galán, le acarició conmovida con sus ojos mareantes y dominadores de mujer enamorada. Luego dijo:

—Vamos, bobin... levántate y no temas te castigue; ven aquí, al lado de tu Fanny, la más hermosa, la más querida y la más mimada, como otras veces acostumbrabas á decirme.

El joven obedeció, y sentándose ambos delante del balcón desde el que en otros momentos tan felices como aquellos, pudieron contemplar los pintorescos linderos de un cercano bosque, adoptó la graciosa Fanny cierta coquetona posturita que su amante pudo distinguir á pesar de la obscuridad que les envolvía, haciéndole perder el juicio.

Ella insinuándose más cada vez, concluyó por hechizar á Mercié y, aprovechando hábilmente aquella hora de libertad, se entregaron alegres á los seniles arrebatos de su pasión avasalladora.

Mas como en este mundo la felicidad suele durar de techos abajo muy poco rato, miren ustedes por qué diabólica coincidencia, su alegría se vió de pronto interrumpida por el ruido de unos pasos lentos y marcados de alguien que iba aproximándose hasta ellos.

—¡Es mi marido!—murmuró la pecadora con la lengua medio trabada por el aturdimiento.

Entonces Mercié se levantó precipitadamente cogiendo su sombrero y su bastón.

—¿Por donde escapo?—dijo.

—Por aquí,—contestó ella encendiendo la luz y empujándole hacia la puerta de una alcoba—. Anda no pierdas el tiempo y permanece ahí hasta que yo te avise. Luego salió á recibir al recién llegado.

—¡Como, queridito mío!—exclamó abrazando á Federico Montelbán—¿vienes enfermo?

—No tal—respondió el burlado esposo, sonriendo amablemente.

Es que me dejé olvidado un expediente que ayer me

entregó el ministro, para que le testimoniara y necesito devolverle hoy con toda urgencia.

Y al decir esto, se dirigió á una bien tallada mesa de nogal, abrió uno de sus cajones y, extrayendo de él un rollo de papel, comenzó á leer el encabezamiento de su primera hoja.

De pronto un ruido extraño y que se reproducía con rítmico compás, le hizo volver la cabeza y escuchar atentamente.

Era el zic-zac del imprudente y costoso reloj de Mercié, que infiel á este, parecía querer esforzar su marcha para denunciarlo.

—¡Calla!... ¿Qué suena?—preguntó Federico sorprendido y dirigiéndose á su mujercita.

Entonces Fanny, que ya había advertido el peligro y prevista lo manera de evitarlo, enlazó nuevamente entre sus brazos el cuello del esposo.

—¿Vas á enfadarte conmigo?—preguntó.

—¡Yo enfadarme!... ¿Y, por qué?

—Porque me he permitido gastar algun dinero sin darte cuenta. ¡Espérate y verás!

Y sin dar lugar á que Montelbán pudiera contestarle, penetró en el escondite de Mercié, que por cierto había estado escuchando la conversación, y la entregó el valioso reloj antes de que ella tuviera necesidad de pedirlo.

—¿Ves que hermoso es?—dijo Fanny un momento despues ofreciéndosele á su marido.

—¡Luego dirás que no te quiero, monín!

—¡Pobrecilla!—repuso Montelbán despidiéndose con enternecimiento.

Y luciendo en su chaleco de fantasía la caprichosa cadena del reloj, se encaminó á largas zancadas hacia la casa del ministro, en tanto que la atrevida Fanny y el apasionadísimo Mercié, comentando lo ocurrido, se despedían también cariñosamente en el rellano de la escalera, con un apretado abrazo.

Quando el elegante Mercié se encontró en la calle, se echó á reir estúpidamente. Segun decía para sus adentros, las mujeres bonitas suelen resultar muy caras. A él le habian costado ya en distintas veces algunos miles de francos, pero al fin se daba por satisfecho porque en aquella ocasión su Fanny, la eterna poseedora de sus caricias, supo con su ingenio librarle seguramente, de una grandísima paliza.

JAUNDECORNAL

*
**

DESDE MI BALCÓN

Curioso triunfante

Es mi calle, una calle pequeña y escondida en un laberinto de encrucijadas poco concurridas, aunque no apartadas del centro de Madrid.

Con frecuencia me asomo al balcón de mi casa y, cuando la bondad del tiempo se pone de mi parte, en mi calle, como en un libro, puedo estudiar una sociedad feliz con sus chocarrerías, perpétuas broncas é idilios más ó menos *naturalistas*.

A las cuatro de la tarde ya estamos en nuestros respectivos balcones los vecinos de siempre; ya hemos dejado de trabajar, siguiendo una costumbre muy madrileña, que aconseja empezar tarde el trabajo y acabarlo temprano.

Desde mi balcón, que es un bien situado «observatorio» logro ver escenas interesantes.

En el caserón que hay frente á mi casa acostumbro á ver á varios huéspedes que salen á un balcón en la dulce compañía de la patrona, ya entrada en años, denunciando, con sus ademanes y gestos, familiaridades más apropósito para tener lugar en el seno del hogar que no ante vecinos que poseemos nuestros ribetes de criticones.

Más allá unas domésticas se divierten haciendo gestos y tirando pelotillas á cuantas personas aciertan á pasar por la calle.

En otro piso una «hermosura fácil», de cuerpo ideal hace puesto de caza de su florido balcón.

En una ventana baja unos estudiantes, perpétuos malandrines de la música y del canto, golpean el teclado de un piano y chillan desgarradoramente como paciente en silla de sacamuelas.

A cuatro metros de mi balcón, un matrimonio meloso sale á hacer ostentación de su felicidad al balcón suyo, y abundan los tirones de orejas y de narices, las luchas zalameras y toda esa cargante serie de caricias con las que parecen querer despertar la envidia, y lo que despiertan es nuestra ira, una ira santa que reclama á voz en grito una manga de riego.

A otro lado un idiota, que en la cara refleja su degeneración, hace una declaración insípida, con bufos ademanes á una cocinera que sigue la broma.

Abajo, en la calle, un zapatero, perpétuo paseante y galanteador impenitente de «menegildas», incita á varios muchachos para que, provocando al tonto, comiencen los remojones, las carreras y los chillidos.

Es mi calle el ruido de una sociedad feliz; mi linda vecinita del florido balcón se ríe de las extravagancias de los demás, los estudiantes, músicos y cantores, que por ser las tres cosas no son ninguna, se asoman de vez en cuando á la ventana para sorprender el efecto que en la vecindad producen los conciertos diarios; las criadas se burlan del matrimonio meloso; el zapatero, de las criadas; el tonto, del zapatero; la patrona, del tonto y así todos parecen tomar enseñanza de aquel viejo cantar que asegura que

«Medio mundo se ríe
del otro medio.»

Es esta una sociedad más que feliz: del balcón hace palco de teatro y deja dentro de su casa las miserias de la vida, luciendo solamente las satisfacciones de la curiosidad cumplida y la picardía retozona que sin querer se refleja en la cara.

Reirse del vecino, sobre ser humanamente necesario, es barato, recogijador... y yo me río á la vez que todos y tomo apuntes para estas líneas á fin de hacer un canto á las excelencias de estas risas, de este divertido curiosear.

Mi deseo muere en flor; la nieve de la razón hiela mis propósitos y entonces cosquillean en mi memoria y pugnan por fijarse en ella claramente los párrafos del sublime Kempis: «Hijo, no quieras ser curioso, ni tener vanos cuidados. ¿Qué te va á tí, de esto ó de lo otro? Sígueme tu á mí. ¿Qué te va á tí, que aquél sea así, ó así, ó que el otro hable, ó viva á su placer? No conviene á tí responder por otros, por tí solo has de dar razón, pues ¿por qué te entremetes?...» «Si te apartares de pláticas superfluas, y de andar en balde, y de oír nuevas y murmuraciones, hallarás tiempo suficiente y aparejado para pensar en buenas cosas.»

Estas palabras de Kempis martillean en mí, como en duro yunque de propósitos mundanos y muere el canto preparado en sus preludios alegres.

Ya no veré más desde mi balcón á la bella vecina de la sonrisa seductora, ni á las muchachas de las bromas impertinentes, ni al matrimonio de dulzón y empalagoso idilio, ni al tonto de bufas actitudes, ni á los huéspedes de bromas libres...

Desde mi balcón la vida es temible.

Kempis me invita al recogimiento seráfico. «¿Por qué te entremetes?», me dice, y sus palabras se graban en mí y huyen de mí los deseos vanos y las aspiraciones ficticias.

Los ruidos del mundo si entran por mis oídos, no llegan á mi alma; las risas de la calle no excitan mi curiosidad.

Soy de Kempis; soy un santo.

De pronto, mi vecina, la linda vecina del balcón florido, tose; su tosecilla insinuante no puede confundirse con ruido alguno, y me hace levantar la cabeza y mirar aquellos hermosos ojos pecadores que me devuelven la mirada que yo, indiscretamente, fijara en ellos.

...Y los consejos de Kempis van esfumándose en mi memoria, y otra vez la vida y el ambiente de mi calle se apodera de mí.

¿Por qué escribiría Kempis su ideal libro místico, lleno de sabios consejos, sabiendo que en el mundo hay picardía alegre, curiosear inevitable, risas y toses insinuantes y mujeres bonitas?...

C. RODRÍGUEZ DIAZ



—Pol Dios, señolita no me mile usted que me da velguenza.

NUESTRAS DENUNCIAS

El último número de FLORES CORDIALES también fué denunciado.

Repetimos las gracias al Sr. Lacierra.

EL PALADIN

El camino trepaba, flanqueado por dos masas oscuras de altos y apretados árboles; las ramas entrelazadas, endoselaban la tortuosa senda hasta el confín del bosque. Los rayos de sol ahebrados en hilillos ténues al atravesar el follaje, se desvanecían al contacto de la sombra densa y medrosa en un dorado polvo de luz que flotaba en el aire en calma. Un soplo ligero movía las hojas de las cimas, que aleteaban con rumor suave, femenino, descubriendo entre las ramas, trozos de cielo de un azul limpio y transparente.

La senda se ensanchaba después de los últimos árboles, borrándose en la falda de un altozano. Al otro lado del montecillo, una inmensa pradera, una llanura verde, de un verde precioso y fino, salpicado de florecillas rojas, se extendía como un terciopelo bordado, hasta la línea de horizonte marcada por un trazo recto y vigoroso sobre el azul pálido del cielo. El sol descendía lentamente hacia el ocaso.

Tres caballeros seguían silenciosos el camino del bosque. Sus hermosos y fuertes caballos; la riqueza de atavío, y el lucido tropel de escuderos y pajes que les seguía, pregonaban lo ilustre de su prosapia.

Quedémonos aquí,—ordenó al llegar al montecillo, uno de los caballeros, llamado Felibien.—La jornada ha sido larga y penosa; el sol no tardará en dejarnos, y es preciso descansar para despertar con él, y proseguir nuestro camino.

Descabalaron y tendieron en un tapiz que los pajes habían desplegado.

A vos os toca hoy, Felibien;—dijo uno de los caballeros—Contadnos alguna alegre historia de amor. ¡Hola, escuderos! Traed las copas y escanciad.

Felibien habló así:

Os contaré una historia de amor: la historia de mi único y loco amor. Esta historia no acaba tristemente como todas sus semejantes, será pues una alegre historia de amor, como deseáis.

Yo fui esclavo de una mujer que absorbió una parte de mi vida; de una mujer que bebió el aroma de mi juventud y marchitó la flor de mis años. Yo fui todo de ella, y sus caprichos fueron mi voluntad, y sus ojos azules mi cielo, y sus purpúreos labios, rientes ó crispados mi alegría y mi desdicha. Este loco amor, hizo brotar en mi corazón agudas espinas. En aquellos desventurados días, el sufrimiento marcó sus enseñanzas en las dos largas arrugas que oscurecen mi frente. Yo triunfé al fin; sacudí el yugo de mi esclavitud; arranqué todas las espinas de mi corazón, y de la herida brotó lo más puro de mi sangre.

Era una princesa, hija de un rey poderoso. No os diré su nombre; basteos saber que era hermosísima, tan hermosa como nadie ha podido ni soñar siquiera. Sus ojos azules, claros y serenos, denotaban una encantadora ingenuidad; la purísima nieve de su frente, no se concebía mas que como reflejo de una alma llena de candor. Fui paje de aquella criatura cruel que hizo de mi su juguete. ¡Oh, la dulce y cándida niña! Vi después muchas veces, asomada su alma perversa á los claros ojos serenos; sus ojos transformados, brillantes, feroces, constelados de partículas doradas como los de una fiera.

Todas las crueldades pusieron á prueba mi amor; todas las bajezas, todas las humillaciones. Yo me complacía en mi cumplimiento, atizando la llama de aquel amor insensato que me absorbía, que palpitaba en lo más íntimo de mi esencia. Nada existía para mí, fuera de ella.

Fué una noche de primavera. Tendido á los pies de la princesa, me extasiaba contemplando á la hermosa criatura amada por los príncipes más poderosos, ¡amada por mí! Osado amor; atrevimiento inaudito que acaso justificaba sus refinadas crueldades para conmigo.

—¿Has visto alguna vez nacer el día?—preguntó.

—No, princesa; nunca vi nacer el día.

Las estrellas parpadeaban, borrándose en la diáfana transparencia que deshacía el azul profundo del cielo, teñido en oriente de un rosa ténue, de una suavidad infinita. Por mis nervios corría un estremecimiento indefinible; mis ojos avizoraban en espera de una revelación de no sé que extraño milagro.

¡Qué divinos instantes! El cielo resplandecía iluminado por un ignoto prodigio de luz. Los primeros rayos del sol, fulguraron al fin, inundando la tierra con su oro.

Una alegría intensa, desbordante, brotó en lo profundo de mi ser. Sentí desgarrarse mi corazón y desprenderse de él algo muy pesado. Una ola de sangre cálida corrió por mis venas; ya no sufría. Mi alma renacida se ensanchaba, dilatada por una fuerza sobrehumana de potencia y de libertad.

La princesa, de pie, inmóvil me miraba con sus ojos dilatados de asombro. —¿Qué tienes? ¡Oh, como ries! No rías así; me haces daño, me enojas; ¡mira, que me enojas!

—¡Mirad que hermoso sol, princesa! ¡Mirad que majestad, que poder el suyo!

—Me iré sola, si no me acompañas; pero teme el castigo; no me volverás á ver.

—¿No queréis esperar; me dejáis? Peor para vos, princesa. Miradle; él también se irá para volver mañana, y siempre.

Caminé hacia el sol, acariciado por sus rayos, sin volver la cabeza, con el alma llena de luz.

He recorrido muchos países. He luchado y he vencido siempre. Han sido mias muchas mujeres, de las que nada quedó en mí; de las que solo mis labios conservan algo de la dulzura de sus besos.

Ahora, llenad las copas del vino viejo que alegra las almas. Bebed conmigo. Despidámonos del sol; de de mi libertador. Recibid la caricia del último rayo de este viejo sol, pródigo de su oro, que se despide de nosotros con la alegre promesa de su vuelta.

Andrés SPERELLI

TOROS Y TOREROS

La corrida del domingo.

—¡Vaya una corridita la de esta tarde—me decía el pasado domingo, por la mañana, mi buen amigo el excelente aficionado Manolo Godino. ¡Bien te vas á divertir!

—Puede ser que no sea tan buena como tú supones—le respondí. Yo ya estoy muy escamado de las corridas que se anuncian á son de bombo y platillos y con carteles á *todo color*. Por de pronto, mira, ya se nubla; y hemos convenido todos los revisteros, desde el perincito Minguet hasta el insignificante revisterillo que suscribe, en que una corrida de toros sin sol es un espectáculo frío, *gris*, tristón y aburridente (!!), como escribe un vate modernista de moda, algo... *descuidado*. La corrida de esta tarde, con ser tan buena como dicen que va á ser, no acaba de convencerme. De buena gana no iba, si la pícara obligación no me obligase á ello...

Y no me equivoqué al pensar que la corrida no ha-

bía de satisfacerme del todo. ¡Son una gran cosa los precedentes!

He aquí lo más saliente de cuanto vieron mis ojos pecadores:

En primer término, la fiesta comenzó á las cuatro



Fuentes.

de la tarde y terminó cerca de la siete y media. ¡¡Catorce cuartos de hora bostezando de aburrimiento!! Lo suficiente para morir, señores.

Bombita, derrochando arte, inteligencia, facultades, alegría y sobre todo oportunidad; no se puede pedir más compañerismo ni más deseos de complacer al público. ¡Con justicia es el niño mimado de la afición!

Despachó á su primero, previa inteligente faena, de una estocada unas *miajitas* caída, por arrancar el toro intempestivamente, y al segundo, un buey de Hernandez que sustituyó á un Saltillo retirado sin razón alguna—la verdad en su punto—lo despenó de una colosal estocada por la que obtuvo muchísimos y merecidos aplausos. Toreando, inimitable, inmenso. ¡Muy bien, Ricardo! Así no hay quien le pueda disputar á usted el primer puesto cuando Fuentes se retire.

Lagartijo, que por lo visto había dejado en la casa de los *miradores* algún cacho de su habitual *asaura*, hizo algunas cosillas que volvieron locos... á unos cuantos cordobeses. ¡Eso, de la solera de papá!, decía uno!; ¡olé la marca de la casa!, añadía otro.

Yo, que llevaba ocho años esperando á ver si algún día *quería*, seguiré esperando, pues para mí, con las dos peritas en dulce que ayer le correspondieron, cualquiera hubiera hecho lo que el chico de Juan, si es que no había hecho mucho más. Si es cierto que sabe y no quiere—*pa* mi es... otra cosa—ya veremos cuando tenga que habérselas con toros y no con borricos con cuernos como los del domingo. Sigo, pues, esperándo y abonándole en cuenta unas excelentes verónicas, media estocada muy buena y alguna larga que otra.

Machaquito, muy valiente, aunque tuvo el santo de espaldas toda la tarde. ¡A desquitarse, Rafael!

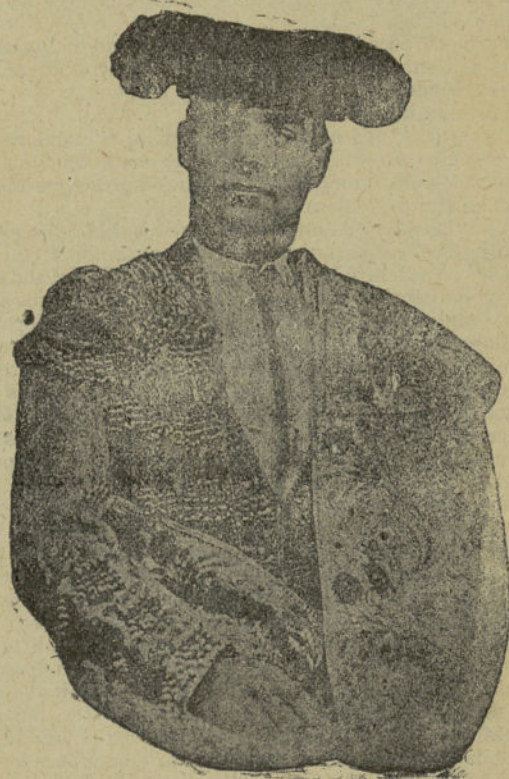
Vicente Pastor, en su primero no me gustó tanto como otras veces. En el último no se lo que hizo, porque yo no veo en la oscuridad. Envidio la vista de los compañeros que han contado como pasaportó el ex-oficial de guarnicionero al octavo Saltillo.

Con las banderillas, *Barquero*, y con la puya, *Zurito*.

La presidencia, encomendada como siempre, al señor Madrid Calahorra, bien á ratos.

La entrada buena al sol y regular á la sombra.

Machaquito sufrió en el séptimo toro un fuerte va-



«Lagartijo».

retazo en el vientre, por fortuna de poca importancia.

Y hasta esta tarde, en que se celebrará la despedida de Fuentes, con un programa inmejorable.

ALIVIOS

BUZÓN

F. L. y A.—Madrid.—Ya habrá usted visto mi respuesta en el número anterior. No hay de qué.

I. L. M.—Madrid.—*Argentino y nido* son tan consonantes como *cantares é iguales*... ¿A qué proseguir enumerando imperdonables yerros? Esa composición no es soneto, aunque tenga los catorce versos de cajón. Y digo versos y digo mal, porque hay algunos pésimamente medidos. En fin, una desdicha.

Tolón.—Madrid.—Entre lo mucho que envía no he encontrado nada aprovechable. Está usted ayuno de conocimientos literarios y le convendría estudiar las reglas de la Métrica, porque *idea é ingenio* no le falan. Afine el oído y estudie.

Eureka.—Madrid.—Otro que tal; solamente que usted, amiguito, le da por el género sentimental y esto es doble pecado. Le hago igual recomendación que á su colega.

J. P.—Zaragoza.—Veré de publicarlo; si no se lo remitiré.

M. de C.—Idem.—Usted no tendrá queja, pues aprovecho bastante de lo que envía. Todo sería imposible, porque no da usted paz á la pluma.

M. M.—Barcelona.—Eso ha sido una pequeña confusión de la cual usted ha sido el primero en darse cuenta, y, como la cosa no ha tenido otro alcance, no hay por qué insistir más en el asunto. ¿Verdad, amigo mío?

Nelo.—Córdoba.—No me gusta ese Tríptico, francamente; aunque como trabajo suyo está bien ejecutado. Hace tiempo que elige usted unos asuntos tan especiales... Cualquiera diría que le ha debido ocurrir algo desagradable; algún desengaño tal vez.

E. Z.—Madrid.—Los cuentos viejos es preciso tratarlos muy bien para que resulten, y el suyo está medianamente presentado. Haga otra cosa.

Esfresa.—Madrid.—Es bien poca cosa lo que envía; por eso no me atrevo á pronunciar mi fallo. Pruebe de nuevo eligiendo asuntos de más miga. Y cónstele, señor *Esfresa*, que esto no son *excusas*.

Helios.—Idem.—Conformes de toda conformidad. Lo publicaré pronto.

2.556.—Madrid.—¡Una carta tan humorística para una poesía tan fúnebre! La alimentación de «Los Gabrieles», mi joven bohemio, debe sentarle mal, así sólo se explican esos desórdenes intelectuales.

No me la da usted con el numerito, es usted muy *novato* á mi vera; yo tengo uno que es un poema de antigüedad. Y si quiere mandar algo en serio, *aunque menos serio*, envíelo con el número que yo le pondré su firma: mire hasta qué punto tengo la seguridad de haber descubierto su incógnito.

E. O.—Madrid.—Ese soneto, además de tener cosas tan gordas como la de rimar *incautos con encantos*, no es admisible por su índole agresiva y personal. Yo puedo perdonar las faltas, pero lo otro es imperdonable. Escriba, pues, sin meterse con una *ella* determinada, trabaje con cuidado, y allá veremos.

Un mártir y un encasillado.—Lo del primero Ñoñez; lo del segundo... *Denuncia*. ¡Guarda Pablo!—Conque ya lo saben *ambos á... uno*: ¡a otra cosa de más gracia y menos ripios, que salero hay para ello!

ROLANDO

MINGOTE

MAYOR, 88, entresuelo.

Sastrería militar y de paisano.—Trajes de etiqueta.—Confección esmerada y gran economía.

ENVIOS A PROVINCIAS

DINERO

Pago todo su valor por alhajas, abanicos antiguos, muebles y papeletas del Monte. SAN BERNARDO, 52, PRINCIPAL (esquina á Pez.)

ANUNCIOS ECONOMICOS POR PALABRAS

Cada quince palabras una peseta; cada palabra más, diez céntimos.

TRONCO de yeguas normandas se vende. Noticias en la Administración de este periódico.

RECOMENDAMOS por sus precios y novedades, la joyería de M. González, Montera, 22.

POSTALES. El más extenso y variado surtido, lo encontrarán siempre en esta casa, habiéndose recibido nuevos modelos en artistas, coupletistas, niños, parejas amorosas, etc. En fantasía, esta casa es la primera de España. *José Campos, Silva 35, Madrid*. Ventas sólo por mayor. Catálogo gratis.

GRAN NOVEDAD. Pronto veréis los fonógrafos, asombro del mundo, contruidos por una casa alemana á precios casi de balde y á plazos. No compréis ninguno; esperad á que vengan.

CIRUJANO CALLISTA. E León.—Especialista en las afecciones de los pies, por antiguas y difíciles que sean.—Consulta de 2 á 6.—Carretas, 7.

PRESERVATIVOS de seda pura, garantizados, contra el contagio venéreo, únicamente en LA MASCOTA, Gato, 4.

Imprenta de FLORES CORDIALES

CALLE DE DON JUAN DE AUSTRIA NUM. 20

TRABAJOS PARTICULARES Á MITAD DE PRECIO DE LAS DEMÁS TIPOGRAFÍAS

Flores Cordiales

SEMANARIO FESTIVO LITERARIO

Con trabajos de los mejores escritores y dibujantes españoles.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, SAN ANDRÉS, 19.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre 1,50 pesetas.
Extranjero, un año. 9 francos.
Número suelto 15 céntimos.

TARIFA DE ANUNCIOS

Cuarta plana 50 pesetas.
Media ídem. 25 »
Cuarto de ídem 15 »
Octavo de ídem. 7,50 »
Segunda plana. 40, 20, 10 y 5
respectivamente.
Tercera plana. ídem ídem.
Anuncios breves.—Línea corriente, 50 céntimos.

COLABORACIÓN

FLORES CORDIALES pagará todos los artículos, versos y caricaturas que inserte de colaboración espontánea fuera de la plana titulada «Los inéditos».

REGALO

Como regalo á los lectores, FLORES CORDIALES publicará, en forma encuadernable y traducidos del extranjero, cuentos de lo más escogido entre los literatos universales, cuentos que tendrán una extensión de 30 ó 40 páginas en 4.º menor.

FLORES CORDIALES, sin reparar en gastos, ha adquirido la propiedad exclusiva de dichos trabajos, que seguramente han de resultar del agrado de los lectores, tanto por la novedad y belleza de sus asuntos, cuanto por el esmeradísimo cuidado con que está hecha la versión castellana.

